

EL CAFÉ *del* OLVIDO

VICTORIA PELEGRÍN



*¿Y si del destino de las personas tendiera un hilo
invisible que las conecta con quienes deben encontrar?*

¿Y si la vida solo fuera un viaje para encontrarlos?

I

I

—¡Por fin! ¡No me puedo creer que estemos visitando Villa Esperanza! —exclamó García como si pronunciase un conjuro—. Me hubiera encantado que fuese con el glamur y el esplendor de otros tiempos... Te hubieses enamorado de la sala de baile, de las musas que flanqueaban la escalinata, de la delicada cúpula que parecía flotar sobre la cubierta, de la exquisitez de su decoración y de sus muebles. ¡Habrías alucinado!

Sonia le miraba con hastío mientras su compañero seguía viajando entre sus recuerdos. Su entusiasmo contrastaba con el fastidio que ella sentía. Aquella era la enésima visita que realizaban y, hasta el momento, estaban muy lejos de dar respuesta al encargo de la prestigiosa marca barcelonesa para la que trabajaba como *freelance*. De su anónimo cliente, solo sabían que buscaba una casa indiana con unas características muy concretas para, presumiblemente, el rodaje de una película. Lo que inicialmente había parecido una demanda fácil de satisfacer, con el paso de los días se había convertido en un imposible.

Habían inspeccionado una veintena de casas erigidas a finales del XIX, todas ellas con características únicas, aunque las reformas y adaptaciones que sus propietarios habían llevado a cabo las habían alejado de su esencia primigenia. García, gestor inmobiliario y experto en casas de época, era su colaborador habitual y su aliado para llevar a cabo este tipo de comisiones. Pese a que, en un princi-

pio, la mansión en la que se encontraban no había sido incluida en el catálogo elaborado para la agencia, su entrada en cartera y la falta de candidatas viables para el proyecto habían forzado aquella visita.

—¿Sabes? —añadió él—. Mantengo intactos los recuerdos de cuando era niño. Mi familia conocía a las propietarias y, cuando convirtieron esta casa en un hotel, pasamos aquí todo un verano. ¡Aquí celebré mi décimo cumpleaños!

El hombrecillo seguía con su parloteo, absorto en sus recuerdos de infancia, ajeno al fastidio de su compañera. Contrastaba la ilusión de uno con la decepción de la otra, que, observando el deterioro de la fachada, ya intuía cuál sería el estado del interior. Si el exterior se mantenía, contra todo pronóstico, entre los restos secos de la hiedra que parecía haber sido arrancada de cuajo, su interior resultaba totalmente repulsivo.

Si en su origen la casona había sido concebida como un palacete ecléctico, sorprendente por sus dimensiones y su sobrecargada decoración, su reconversión en casa de huéspedes solo había conseguido agudizar su decrepitud. Desde su cierre, allá por los años setenta, solo había estado habitada por gatos, lo que no presagiaba nada bueno.

Toda la planta baja parecía desplegarse alrededor de un gran vestíbulo que daba paso a numerosas salas repletas de muebles amontonados. Estos, cubiertos por pesadas sábanas, formaban siniestras siluetas. La curiosa pareja, guiada por la tenue luz que emitían sus teléfonos, intentaba desplazarse entre la inmundicia y las enormes telarañas que pendían de los altos techos. Contenían la respiración, ya que el hedor pútrido y nauseabundo de los orines de gato lo impregnaba absolutamente todo. El edificio parecía gemir, como si la fuerza oscura contenida entre sus muros hubiese encontrado el momento de manifestarse.

Poco a poco iban cambiando las tornas entre ellos. García no dejaba de mover la cabeza, negándose a creer que aquello que veía

fuese la mansión excepcional que él recordaba, mientras Sonia empezaba a sucumbir al fuerte magnetismo que emanaba de la casona y que el administrador, con sus incontables historias y anécdotas, había conseguido engrandecer. No era la primera vez que aquello le ocurría. Es más, reconocía perfectamente los síntomas: nerviosismo, pulso acelerado, emoción, euforia, vértigo... Era como revivir tiempos pasados, como cuando, siendo periodista de zonas en conflicto, su adicción a la adrenalina la llevaba a vivir en riesgo permanente, dándolo todo para conseguir que una filtración, un chivatazo o una imagen comprometida diesen la vuelta al mundo. Aunque ahora la sensación de riesgo fuese inexistente, percibía un no sé qué que estimulaba todos sus sentidos, arrastrándola, sometiéndola hasta abducirla. Consciente de ello, Sonia se dejaba llevar. En el fondo, daría lo que fuese por vivir de nuevo esas deliciosas emociones.

Vuelta a la realidad. El vuelo raso de unas palomas hacia la luz de la entrada les hizo salir despavoridos.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó la mujer intentando recuperar el aliento.

—Por Dios, ¡qué asco! ¡No hay nada que pague esto! —gimoteó el administrador mientras se sacudía el polvo y las telarañas del abrigo—. Si no fuese porque conozco a las doñas, te aseguro que ahora mismo las denunciaba a Sanidad.

¡Objetivo: respirar! ¡Objetivo: respirar!

Sonia, cabeza abajo, intentaba canalizar el aire hacia los pulmones mientras todo su ser intentaba salir por la boca. Reconocía su baja forma. La prótesis que llevaba implantada en la rodilla no acababa de funcionar y le hacía forzar en demasía el resto de la extremidad. Esos movimientos bruscos e inesperados la ponían en jaque. Empezó a sentir un dolor intenso y penetrante y apretó instintivamente la articulación para atenuarlo. García, ajeno a sus muestras de dolor, no dejaba de farfullar los más inimaginables

improperios mientras se desprendía de las telarañas adheridas a su ropa en la huida. La situación era tan cómica que una mirada les bastó para arrancarles una risa frenética, imposible de contener. Las lágrimas surcaban sus mejillas, fundiéndose con los espasmos de las carcajadas, hasta el punto de que Sonia acabó tirada por el suelo mientras García, contagiado, oscilaba peligrosamente de un lado a otro como un tentetieso, incapaz de mantenerse quieto.

—Venga, García, volvamos a entrar, que el mundo es de los valientes —propuso ella jocosamente cuando por fin pudo recuperar el habla.

—No puedo, Sonia, de verdad que no puedo; solo de pensarlo me da repelús. Mira, se me han puesto los pelos como escarpas, hasta me dan arcadas —gimoteó su compañero haciendo ademán de vomitar—. Lo siento, pero tendrás que hacerlo tú. Yo no vuelvo a entrar ahí ni por todo el oro del mundo.

Era de todos sabida la profunda aprensión de García por las palomas, los roedores, los arácnidos y todo aquello que tuviese más de dos patas. Sin embargo, Sonia nunca lo había visto tan asqueado.

—Leonardo, ¡esto es totalmente irracional! Tienes que superarlo —insistió Sonia intentando, sin éxito, empatizar con su compañero—. ¡Bien! ¡Como quieras! De todas formas, ya sabíamos que esta casa tampoco iba a cumplir con los requisitos. Mi encargo de encontrar una casa indiana es un imposible. Yo imaginaba una de esas hermosas casonas de estilo colonial, ecléctica y única, con un invernadero para las plantas exóticas, un jardín romántico repleto de palmeras y madreSelvas y un quiosco de verano donde disfrutar de la brisa de la tarde. Una casa con su capilla, su cochera y sus corrales. Una casa que...

—¡Una casa que solo existe en tu imaginación! Querida, llevamos semanas con esto. Si con todo lo que hemos visto no hay nada que encaje, deberías empezar a pensar que lo que buscas no

existe. Ya sé que el cliente quería que tanto casa como jardines estuviesen juntos por un tema de ahorro, pero ¿qué quieres? ¡No siempre se puede tener todo!

García, recuperando el ánimo, alzó la mano para detener la réplica. No había terminado. Esta vez, Sonia había conseguido provocarle.

—Déjame decirte que yo he cumplido con el encargo. Buscabas una casa indiana y esta lo es. De hecho, las otras veinte que hemos visitado también lo son... —Alzó la mano de nuevo—. ¡No me interrumpas! Lo es por su diseño y por quién la construyó, nada más y nada menos que un indiano, y si no la incorporé inicialmente en el catálogo no fue porque dudase de su valía, sino por su uso hotelero. Pero por lo poco que he visto puedo decirte que se conserva en su estado original.

García se detuvo un momento para tomar aliento antes de continuar:

—Es cierto que lleva demasiado tiempo cerrada y que necesitará obras y mucha limpieza, pero, créeme, Villa Esperanza es una auténtica casa indiana y, aunque el objetivo de sus propietarias sea la venta, podría plantearse una cesión para llevar a cabo lo que sea que tu cliente pretenda llevar a cabo. Además, todo su contenido es original, lo que no ocurre con el resto de las casas que hemos visto. Esta es nuestra última opción, Sonia, y lo sabes tan bien como yo.

La joven no replicó. No tenía argumentos. Dedicó unos instantes a observar los pilares palmiformes finamente esculpidos que conformaban el pórtico de entrada. Qué extraña decisión, incorporar esos extraordinarios elementos en un espacio de tránsito, donde pasaban totalmente desapercibidos. También resultaban extraños los arcos mozárabes de la última planta, que definían una amplia galería abierta completamente al mar. Qué extraña combinación de elementos, tan dispares entre sí, que

conseguían, sin embargo, encajar a la perfección, dando uniformidad al conjunto.

Acarició la rugosidad de la piedra y, de nuevo, sintió una descarga por dentro. Su mente crítica no dejaba de cavilar. De hecho, siempre hacía lo mismo: A o B, blanco o negro, izquierda o derecha, ir o volver, entrar y continuar con la visita o negarle a Villa Esperanza cualquier posibilidad. Estaba convencida de que no iba a cumplir con el encargo, pero ya no podía ignorar la fuerza magnética que la casa ejercía sobre ella.

—Tienes razón, Leonardo, voy a quedarme. Aprovecharé el resto del día y le daré la oportunidad que se merece —comentó, buscando la aprobación de su compañero—. Y aunque será la primera vez que no daremos respuesta a un encargo, nadie podrá decir que no lo hemos intentado. ¿Te parece?

Sonia le conocía lo suficiente para saber que haría sola el resto de la visita. Sin embargo, la respuesta de García consiguió sorprenderla:

—Por cierto, con tanta perorata se me había olvidado decirte que las doñas me han concedido la exclusividad para vender la casa. No es tarea fácil. Creo que, para empezar, deberíamos encargar una limpieza a fondo que lo ponga todo a punto, pero... —se encogió de hombros antes de terminar la frase, como si intuyera una negativa en la respuesta de Sonia—, ¿qué te parecería hacer unas fotos?

—¡Enhorabuena! ¡Qué callado lo tenías! ¿De modo que quieres que trabaje para ti? ¡No sé si podrás pagarme! —respondió ella, divertida, con el fin de provocarle.

—Ah, por eso no te preocupes, las doñas me han hecho una asignación con la que podría doblar tu sueldo durante seis meses —replicó García escribiendo la cifra en el aire con los dedos.

—Sabes que estoy bromeando, ¿verdad? —repuso Sonia con una sonrisa que iluminó su rostro por completo—. ¡Lo haré encantada!

García, que la conocía lo suficiente, sabía que aquella sonrisa tan poco habitual significaba un acuerdo en toda regla. En el fondo, ambos colaboradores formaban un tándem perfecto. Se entendían y se complementaban entre ellos; la prueba más evidente era la profesionalidad con la que ejecutaban todos los encargos. Para García, además, Sonia era una auténtica heroína, una mujer luchadora y enérgica que había recorrido medio mundo como reportera de guerra, buscando en la noticia, en el conflicto, dilucidar la verdad y ofrecerla de forma auténtica y contrastada para el conocimiento de todos. Había vivido durante años de ese modo, hasta que un inesperado percance le cortó las alas.

La dureza de la experiencia la había marcado tanto que esa inusual sonrisa era todo un lujo que pocas veces regalaba. El administrador, a pesar de su poca inclinación por las mujeres, era el mayor fan de Sonia, su incondicional: cuando ella sonreía, su rostro se transformaba y la expresión tosca de su cara desaparecía. Entonces emanaba de ella una curiosa luminosidad que ponía de manifiesto su particular y exótica belleza.

La sonrisa era todo cuanto Sonia había heredado de Marie, su madre. Nada más. Ni sus facciones finas ni su cuerpo esbelto y proporcionado ni mucho menos sus largos e indómitos cabellos, que eran lo opuesto a la dorada cabellera de Marie. En todo ello se parecía a su padre, así como en el suave color canela de su piel. Sus ojos, sin embargo, no eran los de Marie, de un azul simplemente perfecto, ni los de Miguel, su padre, negros como un tizón. Los ojos de Sonia, negro azulado, eran de una insondable profundidad oscura, capaces de penetrar en lo más profundo del alma y desnudarla completamente.

Resultaba imposible sostener su mirada y mucho menos retarla y ganar. Sonia, a pesar de saberlo, se aprovechaba bien poco de ello.

De carácter complejo, la imperante necesidad de proteger su yo más íntimo la hacía parecer adusta, poco empática, incluso prepotente. No resultaba fácil acercarse a ella. Sin embargo, cuando la mujer concedía su amistad, lo hacía para siempre. García lo sabía y, mientras se alejaba por el paseo, se sentía un privilegiado.



«Por fin sola», se dijo Sonia.

Ansiaba esos momentos en los que se planteaba un objetivo y podía llevarlo a cabo. Esa sensación le llenaba el estómago de mariposas, pues, de alguna forma, con ese ejercicio conseguía conectar con su antigua profesión, la que siempre reivindicaba, la que era su vocación y su pasión.

Ahora se dedicaba a la producción de localizaciones y había llegado a ese trabajo casi por obligación. No era algo que hubiese decidido de un día para otro. Ella era reportera de zonas en conflicto y, bajo las siglas de una agencia internacional, había recorrido medio mundo atendiendo las noticias y objetivos más dispares, desarrollando un trabajo errático y frenético en lugares donde el valor de la vida era insignificante; donde los efectos de la climatología, de las hambrunas o de las atrocidades cometidas por los hombres confirmaban la inexistencia de Dios. Para llevar a cabo sus reportajes, Sonia —en pro de la noticia, de la verdad y de la justicia— había adoptado falsas identidades, se había mimetizado con el entorno, desplazándose de un lado a otro, sin un hogar permanente y sin tiempo para echar raíces.

Ese modo de vida se había truncado tiempo atrás, víctima de un atentado en Al Raqa. Este hecho acabó con todos sus sueños y la obligó a renunciar a su modo de vida. «Un daño colateral» lo llamaron algunos. Para ella fue una etapa frustrante que le dejó secuelas tan graves como las terribles heridas en las piernas, el

miedo a los grandes espacios y a las aglomeraciones y la pérdida de fe en las personas.

Durante la convalecencia, la fotografía dejó de ser una afición para convertirse en su tabla de salvación. Lo que empezó como terapia se convirtió en un fondo documental de valor incalculable: un vasto catálogo datado minuciosamente con coordenadas, registros climatológicos, vegetación, infraestructuras, puntos de interés e incluso contactos. Su particular visión le permitía percibir todo un mundo de posibilidades inadvertidas. El mundo del cine y la publicidad necesitaba de entornos únicos para contar una historia y ella sabía cómo conseguir que esos lugares, mediante sus fotografías, hablasen por sí solos.

Sin buscarlo, se hizo un nombre en esta incipiente profesión. Escondida bajo el nombre de Shiraz, uno de los nombres con los que se conoce la variedad *syrab*, era tenaz, imparable y enérgica.

Seguramente Sonia se hubiese dejado intimidar por la fuerza que emanaba de la mansión, pero a Shiraz nada la detenía. Villa Esperanza tenía una historia que contar y Shiraz contaba con el empuje y la perseverancia necesarios para sacarla a la luz.



Le costó un tiempo adaptarse de nuevo a la oscuridad reinante. Aunque la casa se cerró en los años setenta, el tiempo parecía haberse detenido mucho antes, en algún momento de los años treinta, en los tiempos previos a la guerra. El recuerdo lejano de una *belle époque* ya trasnochada luchaba por mantenerse, ajena al horror que arrasaría el país y, más tarde y de nuevo, toda Europa.

El aire era denso y maloliente. Sin embargo, no se observaban signos de humedad, lo que era una excelente noticia. Si en un primer momento Sonia había tenido la sensación de que los muebles se amontonaban en completo desorden, ahora compro-

baba que todo se había apilado concienzudamente para ser protegido de la mejor forma posible. Necesitaba tomar conciencia del patrimonio oculto y empezó a liberar, no sin esfuerzo, los refinados muebles de sus mortajas. El mobiliario empezó a cobrar vida. Sonia acarició con los dedos las suaves superficies de madera preciosa, los laboriosos labrados de los sillones y la delicadeza de las marqueterías, intentando percibir el valor que sus ojos difícilmente apreciaban.

Ni un minuto de reflexión. Empujó con fuerza los batientes de los grandes ventanales y los portalones de madera atrofiados por la atmósfera marina hasta conseguir su objetivo. La magia se hizo arte y una bocanada de aire fresco precedió a la luz que, negada durante tanto tiempo, penetró hasta los rincones más oscuros de la estancia, iluminando absolutamente todo y revelando las dimensiones reales del espacio.

Los suelos insinuaban una combinación marmórea de verdes, negros y blancos que daban una idea de su belleza a pesar de la suciedad y la carencia de lustre. La gran amplitud de la sala revelaba la función para la que había sido concebida: un espacio de entretenimiento, de recepciones y fiestas que se abría a un jardín interior rodeado de pórticos, cuyos pilares reproducían los mismos tallos palmiformes de la entrada, abiertos esta vez en capiteles nervados que formaban extensas hojas de palmera. Resultaba fácil imaginar las fiestas selectas, con una orquesta amenizando los bailes de una sociedad tan refinada como decadente. Sonia vislumbró las *soirées* distendidas con las señoritas de la casa moviéndose a ritmo de *swing*, dejándose robar besos apasionados mientras fingían refrescarse con la suave brisa de la noche entre la música y los cálidos aromas de aquel hermoso jardín en el que, ahora, las palmeras luchaban por liberarse de la madreselva que todo lo invadía.

Hacia el ala derecha, se elevaba majestuosamente una magnífica escalera torneada, coronada por la cúpula a la que se había

referido García. Su porte solemne estaba flanqueado por dos fantasmagóricos fardos a los que Sonia, con gran esfuerzo, consiguió despojar de su envoltura. Eran dos espléndidas representaciones en bronce bruñido de Urania, la musa de la astronomía, cuyas manos sostenían sendos globos de cristal finamente tallados que simulaban la esfera solar.

—¡Qué preciosidad! ¿Cómo es posible que todo esto permanezca aquí, encerrado, sin las mínimas condiciones de conservación? —Sonia lanzó la pregunta al aire, sin esperar respuesta alguna.

Aunque le resultaba difícil asignar un valor a los objetos que iba destapando, tenía el total convencimiento de que había juzgado muy precipitadamente la propiedad. Acompañada de un potente foco, acercaba el objetivo de la cámara a los detalles que su incursión poco a poco revelaba, dispuesta a captar hasta el más ínfimo, aun sabiendo que esas no eran las condiciones de trabajo idóneas.

Curiosamente, los rayos de la tarde iluminaron una pintura con la figura de un hombre grácil y de porte elegante, fino y artificioso, ataviado con una levita de lino, un canotier, y con un reloj dorado colgando del bolsillo de su chaleco. Parecía que la ubicación del cuadro había sido cuidadosamente seleccionada, pues podía verse desde todos los ángulos de la habitación, presidiendo el espacio, y su mirada parecía seguir los movimientos de Sonia. Ella lo observaba con curiosidad, intentando captar todos sus detalles. Le pareció encontrar cierta familiaridad en su rostro, en aquellos ojos almendrados y brillantes que la miraban fijamente. Sus labios entreabiertos, cuidadosamente dibujados, mostraban una actitud de deseo, de ansia, de embriaguez.

Sonia rebuscó entre sus cosas hasta dar con el dossier que García había preparado con algunos datos de la casa. Rápidamente, encontró las referencias de la pintura, firmada por Santiago Rusiñol. Pronunció el título del cuadro en voz alta, firmemente, como una invocación:

—Álvaro Pons de Andrade, el Indiano.

Y fue entonces cuando lo vio, surgido de la nada: el espectro de una muchacha alegre y dicharachera trotaba juguetona mientras sus oscuros tirabuzones, sujetos con unos lazos inmaculados, se movían al compás de sus almidonadas ropas de fino encaje. Sonia sintió cómo la atrapaba su gracia, su forma de moverse, su desparpajo y, lo más impactante de todo, su mirada. Era una mirada oscura y profunda que, lejos de reflejar el vacío de la muerte, era una auténtica expresión de la vida. Su tierna sonrisa y sus delicados rasgos transmitían paz, serenidad, quietud. Sus manos, completamente extendidas, incitaban a Sonia a unirse a ella, a seguirla hacia la gran escalinata. La muchacha flotaba en el ambiente, intangible y etérea, dejando a su paso un hermoso halo de luz azulado. Poco a poco, fue alejándose hasta desaparecer tras los ornamentos bruñidos que componían la barandilla de la planta principal, donde se instaló, esperándola.

El intenso escalofrío que recorrió el espinazo de Sonia hasta helarle las venas fue seguido de una profunda e indescriptible tristeza. Solo la terrible idea de que en aquel lugar hubiera podido morir aquella muchacha le parecía insoportable, inasumible.

No podía imaginar cuál era su historia ni el motivo por el que todavía permanecía en este mundo. La tristeza y el dolor que aquello le transmitía la embargaban, la arrastraban. El aire frío de la tarde se colaba por las ventanas, aumentando su congoja. De pronto, como si de un susurro se tratase, percibió claramente su nombre.

Sonia... Sonia...

La joven se estremeció.

Le costó reaccionar. No sentía miedo ni terror, ni siquiera frío. El bloqueo de su mente le impedía cualquier reacción. Empezó a recoger el material y, cuando hubo terminado, cerró las ventanas y los portones de Villa Esperanza. Solo entonces sus fuerzas flaquearon. Sus piernas se aflojaron y los latidos de su corazón, traspasando el pecho, le golpearon las sienes como frenéticos martillos.

2

Amanecía y, aunque la luz de sol todavía tardaría en filtrarse por las ventanas, Sonia ya llevaba un buen rato despierta. Siempre era igual: estuviese donde estuviese, se anticipaba a la salida del sol, dándose la oportunidad de asistir a la aparición de sus primeros rayos. Había un cierto simbolismo en ese ritual, un intento de exorcizar el imperio de las tinieblas y presenciar, cada mañana, el renacimiento de la luz: la victoria del bien sobre el mal. Un pensamiento recurrente tras noches azarosas y extrañas como aquella, en las que, como siempre le sucedía cuando se estresaba, revivía el atentado de Al Raqa.

Al Raqa era, sin duda, la única experiencia que hubiese querido borrar de su existencia. Su recuerdo la llevaba a revivir aquellos momentos atroces con el mismo desarraigo y pavor que el día del ataque y, por más que se esforzase en liberarse de su recuerdo, hasta ahora había perdido todas las batallas.

Aquella noche, las imágenes de su sueño, tan nítidas e impacantes, la habían relegado a espectadora en lugar de víctima. El detonante, como siempre, había sido un suceso completamente ajeno. En este caso, la aparición que presenció en Villa Esperanza y la inquietante congoja que la acompañaba desde entonces.

¡Qué extraño poder el de la mente! Era capaz de encontrar similitudes en situaciones tan diferentes, confrontarlas en un mismo plano y desatar la misma desolación, la misma desesperan-

za, a sabiendas de que nada era comparable con el horror vivido en Al Raqa.

—No hay nada peor que sufrir un atentado y sobrevivir a él —murmuró Sonia para sí—. No, Sonia —se apresuró su otro yo a refutarle la proclama—. Lo peor es sufrir un atentado y morir en él.

Se quedó sorprendida al asimilar su propia respuesta. No podía rebatirse aquella afirmación. Su lucha de egos no conseguía borrar lo que sentía: Al Raqa seguía siendo su hades particular, su mundo de horrores y pérdidas, de recuerdos grabados a sangre y fuego.

Para muchos, la conciencia de la guerra de Siria había empezado con las imágenes de hombres, mujeres y niños subidos en pateras, llegando a los campamentos en Moria o como víctimas en el mar. Cuerpos a la deriva, encallados impunemente en las costas mediterráneas mientras Europa miraba hacia otro lado. Imágenes trágicas que habían dado la vuelta al mundo en un intento de remover conciencias. Ella había vivido la guerra en persona mucho antes y su recuerdo se había convertido en único y permanente.

De Al Raqa mantenía la imagen imperecedera de todo lo ocurrido aquel día: el silencio absoluto tras la explosión, el olor penetrante a pólvora invadiéndolo todo, el sabor repugnante a óxido y tierra. La lucha incansable por librarse de los escombros que le oprimían el cuerpo. El calor del asfalto cebándose con las heridas. El impacto del sol en los ojos, cegándola por completo... Su dificultad por asir la mano de Philippe, por intentar aplacar su sufrimiento, por hacerle sentir que no estaba solo, hasta que el estertor de su respiración quedó extinto. La sensación de vacío y desolación que vino después todavía la perseguía.

Al Raqa significaba una pérdida irreparable: la de sus amigos, también periodistas, Arman y Philippe y la de nueve civiles más.